

FRED HALLIDAY

# EEUU y Arabia después de Saddam

*Las imágenes de torturas, humillaciones y abusos desmedidos procedentes de la prisión de Abu Ghraib representan un momento de verdad para el mundo. Un momento en el que se ilumina la coincidencia de la realidad de lo que es Irak en manos de sus "amos" estadounidenses y lo que fue durante los 35 años de dictadura con el partido Baaz de Saddam Husein. Un momento así exige una explicación moral y política de esta realidad iraquí, y una perspectiva más amplia que intente comprender y valorar directamente lo que representa Irak en el contexto de la crisis geopolítica general de la que ahora forma parte inextricable. En base a la idea de la importancia fundamental de escuchar al pueblo iraquí, el autor se ocupa en este texto de la historia reciente de dicho pueblo, sus sufrimientos y su futuro, evaluando a su vez a los ganadores y perdedores de esta realidad.*

El pueblo iraquí tuvo a Saddam y después ha tenido una era post Saddam, pero ambos le han fallado. Es hora de permitirle trazar un nuevo rumbo, mientras todavía haya tiempo. Pero sólo se puede garantizar que esto ocurra, y que el pueblo iraquí obtenga la justicia, las libertades y la estabilidad que merece, estableciendo un principio que no han concebido ni el terrible régimen de Saddam ni el caos, la brutalidad y la indiferencia de los ocupantes: escuchar las experiencias y las voces del propio pueblo iraquí.

Una parte excesiva del debate en Occidente, en lo que respecta a los desacuerdos y programas internos, nacionales, ignora esta dimensión, y presta poca atención a los 25 millones de personas que están en el centro de la experiencia de Irak. En Occidente, la tendencia a un antiimperialismo autoproclamado que alimenta una

Fred Halliday es profesor de Relaciones Internacionales en la London School of Economics and Political Science (LSE). Artículo publicado originariamente en OpenDemocracy el 13 de mayo de 2004. Se cuenta con autorización para su reproducción<sup>1</sup>

Traducción: Berna Wang

---

<sup>1</sup> Este artículo está basado en una conferencia que pronunció Fred Halliday con el título *The Middle East after Saddam Hussein* en la London School of Economics el 6 de mayo de 2004.

postura implacablemente moralizante, con demasiada frecuencia, no es más que el anverso de la arrogancia y la brutalidad de las propias fuerzas ocupantes.

Pero, con independencia de los análisis y de las opiniones que se tengan en Occidente, actualmente hay un enérgico debate en el mundo árabe, concretamente en Irak, y también en Irán, sobre su futuro. Ese debate reclama nuestra atención, yendo mucho más allá de las fantasías, tergiversaciones y verdades a medias de Londres, Washington y París.

En Irak, y más en general en Asia Occidental —expresión que empleo deliberadamente—, hay un incendio, y es imposible saber cuánto durará ni quién saldrá victorioso. Pero, Irak no está simplemente en el centro de ese incendio sino que está en el núcleo, histórica, política, intelectual y culturalmente, de gran parte del mundo árabe moderno. De todas las intelectualidades del mundo árabe, la de Irak es la más sofisticada e históricamente consciente y la que está más enraizada en las inquietudes reales de su sociedad. Se puede atestiguar que ha sobrevivido incluso a los estragos del régimen baazista con su pertinente y mordaz sentido del humor intacto. Y, si tanto los ocupantes extranjeros como los rebeldes nacionales se lo permiten, desempeñará un papel decisivo en el futuro de su país.

En 1980 fui a dar una conferencia a la Escuela Universitaria de Derecho y Ciencias Políticas de Bagdad (posteriormente rebautizada en honor del dictador). Era un momento de gran tensión. El año anterior, Sadam se había apropiado abiertamente del poder, y para demostrarlo mostró públicamente un juicio y la ejecución de sus presuntos adversarios, entre los que figuraba el popular líder Abd Al Khallaq Al Samarai, que llevaba varios años en prisión.

Se arrastró a presenciar dicho acontecimiento a vociferantes miembros del partido de reuniones políticas en las que Sadam hablaba, con un puro en la mano, frente al micrófono. Se instruyó personalmente a los máximos dirigentes del partido para que asistieran y, según algunos, participaran en las ejecuciones. Se ordenó a todos los miembros del Baaz que las vieran en vídeo, incluidos los que estudiaban en el Reino Unido, para lo que fueron citados en la Embajada en Londres.

Los portavoces del régimen presentaban esto como algo normal, y uno de ellos me dijo que, en un país como Irak, había que aplicar *al quiswa* (dureza), y que los informes de Amnistía Internacional y otros organismos sobre torturas y ejecuciones eran muy ciertos. Esta no era, según mi experiencia, la respuesta habitual en Estados represivos del “tercer mundo”.

El régimen iraquí estaba entonces en el momento culminante de su poder económico, después de las subidas del precio del petróleo en los años setenta. Sus programas sociales estaban bien avanzados. Pero, también se sentía vulnerable ante las maquinaciones de sus rivales baazistas sirios en el oeste; ante los mulás revolucionarios iraníes, por aquel entonces insurrectos, que se hacían oír en el este; e incluso ante un posible ataque de la Unión Soviética.

## **Un sistema de violencia**

En sus 35 años en el poder, el régimen baazista destrozó al mejor dotado de los países árabes. Mató a cientos de miles de sus propios ciudadanos, árabes y kur-

dos; expulsó a millones de personas de sus hogares con programas de reasentamiento forzoso; gaseó a la población kurda del norte durante los años ochenta; destruyó la sociedad de los árabes de las marismas del sur; obligó a millones de personas a exiliarse; y, al atacar a Irán en 1980 y a Kuwait en 1990, hundió al país en dos guerras catastróficas.

Además, asesinó a adversarios y líderes palestinos moderados en el exterior; intentó debilitar a Estados radicales rivales como Siria y Yemen del Sur; y aplicó programas sistemáticos de soborno de diplomáticos, periodistas e intelectuales extranjeros, que se desplegaron en gran parte de Europa y América Latina, así como en todo Oriente Medio.

¿Qué era exactamente este régimen? Sin duda, era furibundamente nacionalista y, mediante un préstamo consciente, fascista en su retórica. Su líder también tomó expresamente como modelo a un líder comunista, José Stalin, de quien copió sus amenazas y matiz deliberados en sus discursos, estudió sus biografías y visitó en secreto su lugar de nacimiento en Georgia en los años setenta. Además, estableció el sistema unificado de Estado y partido derivado de un modelo comunista, repleto de jerarquías, secretismo y privilegios de partido. Y su economía política era comparable a la de otros Estados productores de petróleo (tanto repúblicas como monarquías) cuyos gobernantes se apropiaban de importantes cantidades de dinero de sus ciudadanos, aunque también utilizó este dinero para políticas sociales generales; de ahí que ahora se prefiera la expresión “Estado distributivo” frente a “Estado rentista”.

Todo esto está retratado con gran brillantez en *The Republic of Fear*, de Kanan Makiya. Esta obra, escrita durante el punto álgido de la influencia de Sadam en los años ochenta, tuvo dificultades para encontrar editor tanto en Occidente como en Oriente Medio. Cuando se publicó finalmente, y al igual que ocurrió con su posterior *Cruelty and Silence*, la mayoría de la intelectualidad árabe y de sus colaboradores occidentales, supuestamente antiimperialistas, la vilipendió.

En la cúspide del sistema de poder iraquí había una persona omnipotente, que conducía la acumulación de potencial militar y ambición estratégica pero que, por eso mismo, destruyó su país por medio de las fantasías y la ignorancia que constituyen el centro de su ideología.

Además de las influencias intelectuales de Oriente y Occidente, hubo algo más directo: el apoyo político y militar extranjero. El régimen baazista de Irak se benefició durante muchos años del apoyo y de la indulgencia de Occidente, incluidos Gran Bretaña, Francia y EEUU. Durante su época de estudiante en El Cairo, a finales de los años cincuenta, Sadam era un visitante asiduo de la Embajada de EEUU, de la que recibía dinero. En el golpe de Estado baazista original de 1963, cuando varios miles de comunistas y nacionalistas fueron asesinados en unos días, hubo una cooperación activa y estrecha entre los asesinos del Baaz y los servicios de información de EEUU.

Tras el segundo y decisivo golpe de Estado, en 1968, el Baaz pasó a depender del apoyo de la Unión Soviética. Pero, después de la revolución iraquí de 1979, cuando los iraníes tomaron como rehenes, de forma estúpida y cruel, a 53 diplomáticos estadounidenses en la Embajada en Teherán (*jasuskhane* o “casa de espías”, en su terminología), Irak restableció unas relaciones más estrechas con

*En la cúspide  
del sistema de  
poder iraquí  
había una  
persona  
omnipotente,  
que destruyó  
su país por  
medio de las  
fantasías y la  
ignorancia  
que constitu-  
yen el centro  
de su  
ideología*

Washington. Durante la guerra de ocho años con Irán que siguió a su invasión ilegal en septiembre de 1980, el Estado contaba con el respaldo y el aliento de Occidente.

Sadam no era un “agente” o un aliado de Occidente, pues tenía su propio programa nacionalista y militarista, pero se benefició de múltiples formas de su apoyo: cuando invadió Irán, vulnerando claramente la Carta de la ONU, las potencias occidentales ayudaron a bloquear la actuación del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas e, incluso cuando se adoptó una resolución, se aseguraron de que se pedía un alto el fuego en el lugar y no un retorno a las fronteras originales.

Durante la guerra Irán-Irak, y especialmente después de las derrotas iraquíes de julio de 1982, muchos Estados –Gran Bretaña, Francia, EEUU, la Unión Soviética y la India– armaron, financiaron y facilitaron a los iraquíes información sobre las fuerzas iraníes. La lista de los responsables de mantener a Sadam y a su régimen en el poder, lo que ocasionó la muerte de millones de iraníes, es extensa, e incluye a políticos británicos (Margaret Thatcher, Michael Heseltine, Kenneth Clarke), franceses (François Mitterrand, Jacques Chirac, Jean-Pierre Chevènement y Claude Cheysson) y estadounidenses (Ronald Reagan, Robert Dole y Donald Rumsfeld).

En medio del debate sobre la farisaica retirada española de Irak, vale la pena examinar la lista de empresas y partidos políticos españoles en relación con Sadam en los años ochenta y noventa. Lo mismo es aplicable a muchos gobernantes árabes, incluidos los de Arabia Saudí y Kuwait: todos se ofendieron cuando invadió Kuwait en 1990, pero –al igual que ocurrió con Osama bin Laden y Al Qaeda–, habían contribuido a crear y sostener al monstruo que ahora saltaba hacia ellos.

Así pues, si preguntamos por qué debemos preocuparnos por Irak, e implicarnos en su presente y su futuro, he aquí otra respuesta: en Occidente ayudamos a sostener esa dictadura, y agravamos la situación al negar nuestro apoyo a la rebelión popular a escala nacional de árabes y kurdos, suníes y chiíes, de 1991, tras la guerra de Kuwait, así como a varios intentos de golpe de Estado durante los años noventa. En resumen, Occidente, el mundo árabe y Rusia, están en deuda con el pueblo y la sociedad de Irak.

## **Una sucesión de terremotos**

La crisis de Irak, y la crisis general derivada del 11-S que la rodea, durará todavía muchos años. Y afectará a numerosos ámbitos de la vida: a la seguridad (entre Estados, interna y personal), la economía (sus efectos en el mercado mundial del petróleo, la confianza de las empresas y el cambio macroeconómico en general), la política nacional y las relaciones interétnicas e interreligiosas en Europa y Oriente Medio. Esta combinación de efectos en un amplio arco de Estados-nación –el mundo árabe, Israel, Turquía, Irán, Afganistán y Pakistán– equivale a lo que hace tres años llamé “crisis de Asia Occidental en general”.

En la primavera de 2004 nos encontramos en medio de una de las crisis más grandes, insolubles y globales de la época moderna. No es una guerra mundial,

un conflicto militar estratégico entre dos Estados importantes –la forma de conflicto que, con dos guerras mundiales y la Guerra Fría, dominó el siglo XX–; tampoco es una crisis económica internacional de envergadura, como fue 1929 y, con menos gravedad, 1973. Pero en todos los niveles de la vida social y política, nos enfrentamos a una situación que probablemente afectará a todos los habitantes de la Tierra y tendrá graves consecuencias mundiales.

En el borde exterior de implicación está la situación en el Occidente desarrollado. Los sucesos ocurridos en los dos últimos años, más que cualquier otro desde 1945, han dividido a los países de la alianza occidental, a sus gobiernos y, lo que es más importante, a sus opiniones públicas. Washington está solo, con Gran Bretaña de su parte, mientras que en la Europa continental los gobiernos y las opiniones públicas son abrumadoramente hostiles.

En Europa Occidental, incluyendo a grandes sectores de la ciudadanía británica, existe una corriente de antagonismo hacia EEUU. En el nivel de los líderes políticos, no se sabe si el presidente estadounidense o el primer ministro británico sobrevivirán a las presiones que sufren; por no hablar del rescate para la posteridad de un legado político razonable.

A este respecto, hay que recordar que Oriente Medio ha sido la tumba de muchas reputaciones políticas en el periodo posterior a 1945. La aventura de Suez en 1956 destruyó la carrera de Anthony Eden, que sucedió a Winston Churchill en el cargo de primer ministro británico; la guerra de Argelia (1954-62) acabó con la reputación de muchos políticos franceses y, en última instancia, con la propia IV República; y los iraníes (1979, 1985-86) causaron humillaciones que definieron los límites del poder presidencial estadounidense.

No hay que subestimar el papel de Irán y de la región del golfo Pérsico: la revolución de 1978-79 y la posterior crisis de los rehenes contribuyó a destruir a Jimmy Carter en las elecciones de 1980; el escándalo de la Contra de 1985-86 minó la reputación de Ronald Reagan y destrozó la de varios de sus subordinados; y el desequilibrio entre su preocupación por la crisis de Kuwait de 1990-91 y sus fracasos económicos en el interior sellaron la suerte del primer presidente George Bush.

Estos importantes reveses estratégicos y psicológicos para EEUU demostraron, en formas que deberían ser pertinentes a las ideas que imperan actualmente en Washington aunque parece que no lo son, que la capacidad del poder militar, político e ideológico estadounidense para doblegar a otros a su voluntad no era absoluta.

El clima geopolítico parece muy diferente ahora. Washington, libre de las responsabilidades de la Guerra Fría, no sólo ignora alegremente el hecho de que tanto la seguridad nacional como la mundial exige alianzas y cooperación con otros Estados, sino que finge que ni siquiera le importa. “O están con nosotros o contra nosotros”, es el lema.

La exposición más patente de esta línea de pensamiento es la Estrategia de Seguridad Nacional del Gobierno de Bush de septiembre de 2002, que propugna explícitamente, con arreglo al denominado pensamiento “neoconservador”, una doctrina de superioridad y de capacidad unilateral de EEUU que prescinde de consultas con los aliados. Esto no se limita a las declaraciones oficiales: un ministro de Asuntos Exteriores europeo que se entrevistó recientemente con Dick Cheney

informó de que, a despecho de las normas más elementales de la diplomacia, el vicepresidente no había mostrado ningún interés por hablar con él.

Para Europa, las consecuencias son muy graves. Los costes a largo plazo de la división política en la Unión Europea –en un momento en el que se han incorporado diez nuevos quejosos miembros, con una política de defensa y de inteligencia aún sin desarrollar, y una Constitución pendiente de decidir y aplicar– podrían ser considerables.

Los atentados en Madrid amplían estas dificultades. El 11 de marzo de 2004 se ha convertido en el segundo capítulo del 11 de septiembre de 2001: un acto terrible en sí mismo, con importantes consecuencias políticas en España, y que abre la perspectiva de una gran incertidumbre en Europa en los próximos años –respecto a la política electoral, a la confianza económica, a las relaciones interétnicas y, dado que muchas personas de toda Europa, al igual que en España, culpan de la vulnerabilidad de Europa a EEUU, también a las relaciones transatlánticas–.

El 11-S fue un suceso terrible, incluso más allá de su coste humano, porque alteró muchos ámbitos de la vida. Fue un terremoto de la psiquis colectiva, un abrupto final del periodo de optimismo liberal que para algunos, y con ciertas buenas razones, se había abierto en 1991 tras el final de la Guerra Fría. El 11-M reproduce todo esto pero, al producirse en un momento de gran crisis en Oriente Medio, la zona del “tercer mundo” más próxima a Europa adquiere una dimensión estratégica y cultural añadida.

### **¿Quiénes son los ganadores?**

Una clave para comprender esta dimensión general es formular la pregunta en términos rotundos: un año después de la caída de Sadam Husein, ¿quién ha “ganado” y quién ha “perdido”?

#### *Irán*

Encabeza la lista de quienes creen que han ganado. Es el país que mantiene desde hace 3.000 años una relación política y cultural hegemónica con Irak, que inspira cierto respeto cultural cuando no político en el 60% de la población iraquí; y que ha combatido dos guerras interestatales con Irak en décadas recientes –el devastador conflicto de 1980-88, en el que perdió a un millón de personas, y la guerra fronteriza y de subversión de 1969-75, menos reconocida pero igualmente decisiva–.

Las instituciones políticas y medios de comunicación iraníes se sienten sumamente alentados por lo ocurrido. EEUU ha destruido al archienemigo de Irán, al mismo tiempo que infligía graves daños a su propia credibilidad en la región; los propios aliados políticos de Irán en Irak, entre kurdos y chiíes, están integrados en la estructura del nuevo gobierno y nunca han sido más fuertes; y el país está ahora a punto de desempeñar un papel importante, cuando no decisivo, en la formación de cualquier nuevo sistema político y social iraquí.

Irán no quiere el desmembramiento de Irak, pero no le importaría que los estadounidenses se quedasen atrapados ahí un largo tiempo, a un precio considerable. Y está encantado de que, por primera vez en la política de un país árabe, la comunidad chií —sólo el 10% de todos los musulmanes, pero mayoritaria en Irak (60%) e Irán (80%)— haya adquirido ahora un estatus público, legítimo y reconocido internacionalmente. Sin embargo, este optimismo iraní no es del todo prudente por tres razones.

En primer lugar, aunque a los iraníes les gusta compararse con los chinos —ese otro gran Estado posrevolucionario de 3.000 años de antigüedad—, existe una gran diferencia entre ellos. Los chinos están embarcados, desde 1978, en un camino económico dinámico. Mientras que la economía iraní está envuelta en la ineficacia y la corrupción, dirigida por una élite de *mulás* comerciantes y elementos de bazar que explotan los ingresos derivados del petróleo para sus propios fines, y constreñida por unas tasas de desempleo y subempleo considerables (es bien sabido que el ayatolá Jomeini dijo que “la economía es para los burros”, una declaración insensata en un país con una población que se aproxima a los 70 millones de habitantes, predominantemente jóvenes).

En segundo lugar, los iraníes repiten como un mantra que EEUU sólo puede ocuparse de una sola crisis: implicados en Irak, no invadirán Irán. De hecho, no lo harán. Ni siquiera Richard Perle o John Bolton defienden esa opción, pese a los comentarios rituales en voz baja sobre un “cambio de régimen” también en Teherán.

Pero, la cuestión del programa nuclear de Irán no se va a resolver sola. Bolton subrayó recientemente que Irán no había cumplido las normas del Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA) y advirtió de la probabilidad de que esto fuera tratado por el Consejo de Seguridad de la ONU. Este proceso desencadenaría la imposición de sanciones graves y prolongadas sobre Irán, mucho más severas que las que se imponen actualmente a las empresas estadounidenses en virtud de la Ley de Sanciones Irán-Libia de 1996.

Sin embargo, resulta más grave que nadie en sus cabales dudaría de que EEUU e Israel, si quisieran, podrían lanzar ataques aéreos contra Irán si identificasen objetivos nucleares que alcanzar, siguiendo el modelo de la destrucción de la fábrica iraquí de Osirak por Israel en 1981. Washington debería verse obligado, cuando se trata de Irán, por la necesidad de mantener las conversaciones con Teherán sobre el futuro político de Afganistán y de Irak, puesto que en ambos países tiene Irán una opinión decisiva. Pero no es probable que esta prudencia prevalezca, especialmente porque Israel cita cada vez más a Irán como fuente de apoyo —ideológico, económico y militar— de Hamás.

Hay un tercer elemento que debería preocupar a Irán: la relación entre los musulmanes suníes y los chiíes, tanto en el mundo árabe como en otros lugares, especialmente en Afganistán y Pakistán. La actual postura iraní, procedente de la facción dominante del *rahbar* (líder espiritual) ayatolá Jamenei, sostiene que Irak supone la llegada decisiva del mundo chií a la escena internacional general, después de más de dos décadas de aislamiento del único Estado oficialmente chií, el propio Irán.

Sin embargo, cualquier resultado de este tipo ha estado precedido de dos décadas de luchas intestinas entre suníes y chiíes, ilustradas con los ataques con-

*Cuando entran en juego los aspectos sectarios y políticos de la división entre suníes y chiíes, el resultado puede ser no sólo la distorsión de la verdad sino una violencia destructiva*

tra los chiíes y sus lugares de culto en Pakistán; la reiterada y virulenta propaganda antichí de los ulemas saudíes; y, en Afganistán, con la matanza de chiíes en los años noventa a manos de los talibán, ayudados, al parecer, por sus aliados fundamentalistas suníes de Al Qaeda.

La utilización por los talibán de la figura de un gran héroe afgano (y pashtún), el sultán Mahmud Qaznavi (971-1030), un comandante del siglo X que fue protector del gran erudito Al Biruni, científico y lingüista que aprendió sánscrito y tradujo textos clásicos indios al árabe, arroja algo de luz sobre este antagonismo sectario y el despliegue de mitos antiguos para fines criminales modernos. Al mismo tiempo que cultivaba la literatura y la ciencia en su corte, el sultán Mahmud dirigió brutales campañas de exterminio contra los chiíes, a los que consideraba apóstatas, y contra la población hindú de las llanuras del sur.

Los talibán, la noche antes de enviar a los combatientes a la batalla contra los chiíes, acostumbraban llevarlos a la tumba del sultán Mahmud. Según Kate Clark, corresponsal de la *BBC* que visitó la tumba durante el periodo talibán, les decían a los jóvenes *muyahidin* que el sultán Mahmud había matado “comunistas” —una traducción libre del término coránico *moshrikin* (politeístas, o “los que compar-ten”)—.

Tanto Irán como Irak alimentaron este conflicto sectario tras la revolución iraní de 1979 y de la guerra Irán-Irak posterior. Jomeini denunció a Sadam como Yazid, tirano suní que mató a Huseín, el fundador del sistema de creencias chií; y Sadam denominó su guerra *Qadissiya*, por la batalla en la que los ejércitos árabes del islam derrotaron al Irán de Zoroastro, dando a entender que en realidad Jomeini no era musulmán. Cada bando acusaba al otro de ser un agente israelí.

Si la revolución iraní y las guerras en Afganistán agravaron las tensiones entre comunidades, la ocupación estadounidense de Irak ha abierto un tercer capítulo. Los dos precedentes modernos muestran que cuando entran en juego los aspectos sectarios y políticos de la división entre suníes y chiíes, el resultado puede ser no sólo la distorsión de la verdad sin más —que conlleva el abuso convencional de textos, símbolos y tradiciones— sino una violencia destructiva.

En la actualidad, en el contexto de Faluya y de la equiparación de la experiencia iraquí bajo la ocupación, se habla mucho de las alianzas entre suníes y chiíes en Irak. Puede que esto no dure, y por su parte, los iraníes no deberían confiar demasiado en que las cosas sigan yendo como ellos quieren.

### *Turquía*

El segundo país que puede decir, si bien con menos ruido, que se beneficia de la crisis es Turquía. Este país es importante para Europa y para el mundo por varias razones. En primer lugar, ocupa una posición única de importancia política, cultural y estratégica entre Europa y Asia; más en concreto, une los Balcanes, el mar Negro, la Transcaucasia y Asia Central con los asuntos occidentales. En segundo lugar, casi un siglo después de la revolución turca de 1908, los desafíos, las metas y las esperanzas del proyecto de modernización de Turquía siguen condicionando las aspiraciones y el destino de Asia Occidental en su conjunto, aunque aún no se

hayan hecho realidad en su país de origen. Los convulsivos sucesos que se produjeron después —las revoluciones de Egipto (1952), Irak (1958), Irán (1979) y, de crucial importancia para la Guerra Fría y el posterior surgimiento del islamismo reaccionario, Afganistán (1978)— se han esforzado por hacer realidad el programa de la revolución de 1908: la modernización del Estado, la emancipación de la dominación extranjera, la secularización de la sociedad y la enérgica separación del islam de la política, la forja de una nueva conciencia nacional, la reforma de la posición de la mujer, y la modernización de la educación y de la lengua. Así, la revolución turca de 1908 sigue siendo el punto de referencia —al mismo tiempo aspiración, modelo a rechazar y objeto de una crítica implícita constante— para todas las radicalizaciones que siguieron en el Asia Occidental, y las que aún quedan por venir.

Los recelos de Turquía frente a Occidente se ven reforzados por el recuerdo de lo que sus diplomáticos llaman “síndrome de Sèvres”, en referencia al tratado de 1920 que impuso unas condiciones severas e inviables al Imperio Otomano. Pero Turquía no quería a Sadam Husein. Y esto quedó patente en la crisis de Kuwait de 1990-91, cuando Turquía respaldó la operación de EEUU de varias formas salvo la implicación directa: permitiendo el uso de sus bases militares, trasladando a 100.000 soldados turcos a la frontera iraquí y cortando el oleoducto de exportación procedente de Irak.

En realidad, en Turquía se sienten pocas simpatías por el mundo árabe. El desdén puede remontarse a lo que se percibió como traición árabe en la I Guerra Mundial, y tiene su manifestación contemporánea en la consolidación (desde 1996) de una activa relación militar con Israel. Pero Turquía es por lo menos un país semidemocrático, y su opinión pública —aunque preocupada, sobre todo en los últimos meses, por Chipre y la Unión Europea— está también, en su abrumadora mayoría, en contra de la intervención de EEUU en Irak. Una de las razones es porque se considera que favorece al programa del movimiento nacionalista kurdo en las regiones septentrionales del país, sentando un mal ejemplo para los kurdos de la propia Turquía, siempre descontentos.

Esta vez, en 2003, Turquía no permitió que se utilizaran sus bases. Pero el Gobierno del partido Justicia y Desarrollo (AKP), aparentemente islamista, en el poder desde noviembre de 2002, respondió de forma activa y creativa a la crisis. Aprovechó la confusión entre EEUU y sus supuestos aliados europeos insistiendo en la necesidad de reforzar las relaciones turcas con estos países, incluidos unos lazos más estrechos con la UE; y desplegando en el interior de Irak al menos a 5.000 soldados propios. Estos fueron utilizados para apoyar a la comunidad turcomana del norte de Irak (compuesta por entre medio millón y tres millones de miembros), reforzar su posición en la disputada ciudad de Kirkuk y construir silenciosamente un cinturón de seguridad turco-turcomano entre la región kurda y el interior árabe del sur.

Turquía puede sentirse alentada por las consecuencias de sus decisiones sobre Irak; más aún cuando el rechazo por la población griega de Chipre de la propuesta de paz de la ONU hace que el país aparezca en el escenario internacional como un actor regional razonable y estable.

Las intenciones a largo plazo del Gobierno de Ankara, hasta qué punto es realmente “moderado” su programa social islámico y qué oscuros grupos lo están

apoyando en realidad, son cuestiones que siguen suscitando considerable preocupación tanto en Turquía como en Europa Occidental. Hasta el momento, las cosas han ido bien pero, para los que estamos preocupados por la interacción de religión y política, cabe señalar que el embajador de EEUU en Ankara ha comentado recientemente que Washington apoya el rechazo del laicismo del Gobierno turco. El poder que sigue teniendo el ejército turco, que es precisamente el bastión institucional de este laicismo, hace difícil leer esta declaración sin sentir un ligero escalofrío de inquietud.

### *Israel*

El tercer país que tiene motivos para afirmar que es un ganador en esta crisis es Israel. Éste viene apoyando con fuerza una postura dura contra lo que llama genéricamente “terrorismo” y contra los Estados que, como Irak e Irán, parecen respaldarlo. Tras los Acuerdos de Oslo de 1993 hubo cierto optimismo en que se podría alcanzar una paz árabe-israelí sustancial, justa y duradera, y basada en lo que durante décadas fue, para cualquier observador razonable (y para un número considerable de palestinos e israelíes), la única base para un acuerdo, a saber: una solución de dos Estados que implicara la retirada de Israel a sus fronteras anteriores a 1967, todavía el 70% de la Palestina histórica, junto con compromisos sobre los asentamientos y el “derecho al retorno”.

A finales de los años noventa, estas esperanzas se truncaron a pesar de que, en varias ocasiones, pareció claro que era posible un acuerdo político. Fue el fracaso de los líderes políticos y de sus asesores intelectuales y de seguridad de ambos bandos lo que acabó con estas posibilidades. Pero, este fracaso fue compartido por la diáspora en general y por las estructuras interestatales en las que estaban insertados tanto israelíes como palestinos: los líderes nacionalistas árabes y musulmanes y los miembros de la comunidad judía en el exterior fueron igualmente intransigentes y testarudos, mientras los neoconservadores de Washington estaban decididos a tirar el proceso de Oslo a la basura, junto con el tratado sobre misiles antibalísticos, el acuerdo de Kioto sobre el cambio climático y la Corte Penal Internacional.

Esto quedó gráficamente patente en los seductores, aunque finalmente infructuosos, desencuentros de mediados de 2000. Entonces, los líderes israelíes y palestinos juzgaron erróneamente a sus adversarios, y las comunidades de ambos bandos se combinaron para hacer caso omiso de la razón y de la perspectiva de la paz, al pedir intransigencia en nombre de la rectitud religiosa o nacional o de ambas, y no apoyando, financiando ni respaldando una solución aceptable para las dos partes. Hay que repartir ampliamente la culpa, y sin subterfugios, pues el desastre es compartido.

Desde 2000, el conflicto palestino-israelí ha escalado hasta alcanzar un nuevo nivel de violencia y enconamiento sin posibilidad de vuelta atrás. Yaser Arafat y su pueblo han actuado con insensible desprecio por los intereses de los palestinos o sus compromisos con Israel; Ariel Sharon, en sus iniciativas militaristas y de estrechas miras, ha actuado como agente de reclutamiento para Hamas y Al Qaeda.

Si hubo una oportunidad realista para la paz en 1967, 1973 y 1993, ¿dónde está la oportunidad ahora? Con independencia del número de altos el fuego, treguas, procesos o negociaciones de paz que haya en el futuro, ¿estamos realmente condenados a ser testigos de una lucha a muerte? De ser así, el sufrimiento humano será grande, las ramificaciones internacionales enormes y el resultado último catastrófico.

El deterioro ya no se extiende sólo a la ecuación israelí-palestina; por el contrario, después de décadas de retórica y gestos, el mundo árabe y musulmán —1.500 millones de personas— está por primera vez auténticamente movilizado en contra de Israel y a favor de la destrucción de un Estado judío en Oriente Medio. El odio, antes verbal o formal, ha empezado a hacerse real. Demasiados jóvenes del mundo musulmán ven, como nunca, la destrucción de Israel como una meta deseable.

Israel tiene seguridad militar, pero su sociedad carece desde hace tiempo de su idealismo sionista y su igualitarismo iniciales, y ahora es una comunidad consumista semiperiférica del calibre del Atlántico medio. De todo lo que sabemos y vemos, el peaje psicológico que pagan los nervios de los israelíes ha aumentado enormemente. Esto es evidente en dos procesos muy importantes: la fuga del país de decenas de miles de millones de fondos israelíes hacia mercados exteriores más seguros y la partida (en términos sionistas, *yorda* [descenso] frente al *aliya* [ascenso]) de una proporción significativa de la población israelí hacia países occidentales. Puede que Sharon y sus aliados consigan mantener el poder detrás de su muro, pero Israel será una sociedad que viva en un estado de tensión cada vez mayor y bajo medicación, perdiendo fondos y a muchos de sus ciudadanos más talentosos y de mentalidad más independiente. Si el conflicto actual continúa, el país se convertirá en una tierra sin futuro, salvo uno demasiado amenazador para ser contemplado.

Otro aspecto importante es el relativo a la política de “asesinatos selectivos”, parte de la cual es una guerra continua de hecho. Lo que se suele olvidar en el debate al respecto es la particular importancia, y legitimidad, de los líderes de Hamas asesinados recientemente por los israelíes (y sin duda la de los que vendrán): el jeque Ahmed Yasin y Abdul Aziz Rantisi. En mi opinión, a partir de encuentros contemporáneos en Irán y el mundo árabe, los líderes que inspiran particular respeto son aquellos que —como éstos— llevan una vida sencilla, son palpablemente honrados en sus ocupaciones cotidianas y hablan con una voz clara, no ideológica y a menudo sobria.

En Oriente Medio en general, y después de décadas de palabrería y retórica de nacionalistas y marxistas, maoístas e islamistas, y ahora partidarios del Banco Mundial y de la globalización, hay una crisis de legitimidad política. En una visita realizada a la tumba del ayatolá Jomeini, en el sur de Teherán, en 2000, me sorprendió que la gente le elogiase por ser *sade* (puro) y *dorost* (recto): no como los demás. Y en la península arábiga, oí reiteradas alabanzas a líderes políticos expresadas con términos como *tamam* (buena persona) y *mutawadi* (sencillo), sea el primer presidente revolucionario de Yemen, Abdullah Al Sallal, o líderes conservadores como el rey Faisal de Arabia Saudí. En todos los casos, estaban libres de corrupción, verborrea y vanidad. Estas son las mismas cualidades del jeque Yasin y Abdul Aziz Rantisi. Es por eso, más que por su militancia nacionalista, por no

decir la religiosa, por lo que se les respeta y por lo que serán vengados, con consecuencias aún imprevistas.

### **¿Quiénes son los perdedores?**

Si Irán, Turquía e Israel son los ganadores de la actual crisis, los perdedores son los árabes y los estadounidenses.

El mundo árabe está actualmente dividido, de una forma sin precedentes, entre aliados reticentes de EEUU y una población airada. Desde finales de los años noventa es patente un sentimiento creciente de militancia en el que se ha fusionado la amalgama de las cuestiones de Palestina, Irak, Afganistán y el apoyo occidental a dictaduras corruptas, y que a su vez está vinculado a asuntos de fuera de la región, como Afganistán, para crear lo que calificué en 2001 de “crisis de Asia Occidental en general”.

Una combinación de tres elementos —el sentimiento popular desde abajo, las maniobras y la rivalidad entre Estados desde arriba, y la movilización por redes como Al Qaeda y un ejército auténticamente transnacional de *yihadis*— han transformado la situación política y de seguridad de la región. El 11-S en Nueva York y el 11-M en Madrid revelan que esta lucha no conoce los límites convencionales de naciones o Estados.

EEUU se ha encontrado, gracias a las decisiones de sus dirigentes, en una trampa monumental. Y el énfasis que se percibe en Washington sobre la “credibilidad” mundial hace muy difícil imaginar una salida fácil. Incluso si los combates en Irak cesaran mañana y EEUU retirase sus fuerzas militares en los próximos meses, los daños combinados para su reputación derivados de sus acciones en Irak y de su locura de apoyar a Ariel Sharon continuarían costando caro, tanto a EEUU como a sus aliados.

Tal como están las cosas, tal vez sea poco lo que George W. Bush o (en su caso) John Kerry puedan hacer. El aprieto en el que está EEUU se agrava por la aparente ausencia de un control político coherente sobre su política en Irak: los dirigentes de Washington están aislados o confusos; las autoridades políticas de Bagdad, sobre todo Paul Bremer, están en un búnker; la iniciativa depende de los mandos militares —los generales Myers, Abuzaid, Kimmitt y, en Faluya (parece), los oficiales de la marina local—, que no tienen ningún sentido de las necesidades políticas o diplomáticas. Además, a lo largo de esta crisis, EEUU —fiel a los instintos y a la política unilateralista de la Casa Blanca— ha mostrado escasa consideración por las opiniones de ninguno de sus aliados. La situación está fuera de control.

### **La historia como pesadilla y recurso**

A quienes analizan Oriente Medio —tanto como a sus residentes— les gusta invocar la historia, pero esto suele ser más para disfrazar un interés actual que una exploración inocente de cómo el pasado condiciona el presente. En mi compromiso con esta región siempre recuerdo la observación de James Joyce de que “la

historia es una pesadilla de la que estoy intentando huir”. Pero, más allá de la historia moderna de la formación de un Estado colonial y de la posterior rivalidad nacionalista entre Estados en Oriente Medio, la historia continúa ejerciendo su poder sobre el presente, tanto para sus habitantes como para sus interlocutores occidentales.

En el caso de Irak, nadie puede entender la mentalidad ni el atractivo de Sadam Husein sin tener en cuenta la sociedad en la que creció. No hace falta conceder mucho terreno a las generalizaciones sobre el carácter “severo” o “duro” de la sociedad y la cultura iraquíes como explicación de la brutalidad del Baaz; entre los defectos de estas explicaciones figura su exculpación de la responsabilidad de los autores de tales acciones.

Pero, una parte esencial del contexto del régimen baazista es, de hecho, la historia que lo creó: las secuelas de la represión, por las fuerzas británicas, de la rebelión nacionalista de 1941 encabezada por Rashid Ali; las movilizaciones masivas contra el Estado en relación con el Tratado de Portsmouth propuesto por Gran Bretaña en 1948 y de nuevo en 1952 (posiblemente la primera vez que se usó la palabra intifada [rebelión] en la política árabe moderna); la creciente hostilidad hacia la monarquía pro-occidental en los años cincuenta; la importancia de la cuestión palestina y, después, la revolución de 1958 en el propio Irak.

En esta trayectoria, la ira nacionalista contra el control occidental, directo e indirecto, de su país es una característica central de la política de Irak desde hace décadas, y por buenos motivos. Esto, aparte del uso creado y dirigido por el Estado del legado nacional por parte del régimen en el que se invoca a todos los antecedentes —sean el kurdo Saladino, que luchó contra las Cruzadas, o los tiranos de la antigua Mesopotamia, Hamurabi (autor de un código penal famoso por su severidad) y Nabucodonosor (conquistador de Jerusalén en el 586 a.C.)— para legitimar el Gobierno de Sadam.

También en el bando occidental la historia tiene su poder. Los altos funcionarios que ahora dirigen Washington no están libres de las limitaciones de la Guerra Fría como imaginan: en realidad son prisioneros de ellas. Esto es patente sobre todo en dos aspectos. En primer lugar, la visión estratégica general de la política de Vulcano de Washington, lejos de ser una gran respuesta al mundo posterior a la Guerra Fría, es un cansino reciclado de sus temas. Lo que nadie les ha dicho, o lo que han decidido no ver mientras están instalados en sus oficinas de Washington DC, es que la visión oficial de EEUU no fue nunca un reflejo exacto de cómo funcionaba el mundo, ni siquiera durante la Guerra Fría (como muchos, incluidos Mary Kaldor, Gabriel Kolko, Daniel Ellsberg y yo mismo, intentamos argumentar en aquel momento en nuestras explicaciones alternativas de la política posterior a 1945); y el mundo ha cambiado de forma muy sustancial desde 1991, ofreciendo tanto nuevas oportunidades como amenazas.

El gran beneficiario de la propia Guerra Fría, que ha resultado ser un buen alumno de este cambio, con un alcance mucho mayor que cualquiera de los Vulcanos, es Osama bin Laden. En su cueva del Kush hindú tiene una visión mucho más perspicaz de la política internacional que la de los ocupantes supuestamente visionarios del 1800 de la avenida Pennsylvania. Además, como hemos visto en España, también comprende mucho mejor las políticas nacionales europeas.

*El gran  
beneficiario  
de la Guerra  
Fría es  
Osama bin  
Laden*

El Gobierno de Bush es un prisionero de la Guerra Fría en un sentido que va al fondo de los engaños sobre las armas de destrucción masiva: cuando no puede movilizar apoyos para acciones de confrontación sobre bases más legítimas (como el Derecho Internacional o los derechos humanos), recurre al ardid manido y poco cuestionado de “exagerar la amenaza”.

Durante la última fase de la Guerra Fría (1973-83) trabajé como investigador para el Instituto de Estudios Políticos, un comité asesor liberal con sede en Washington creado originalmente por miembros del personal de la Casa Blanca de John F. Kennedy descontentos con su política nuclear y en Indochina. En un debate formado por el Consenso de Washington, tuvimos que hacer un análisis alternativo de la “amenaza soviética”. Este desafío se subdividía en tres partes: un análisis alternativo y crítico de las carreras armamentísticas, nuclear y convencional; una explicación menos alarmista y más consciente históricamente de la evolución de la política y la sociedad soviéticas; y un replanteamiento crítico del supuesto papel soviético en el “tercer mundo”, no para exonerar a Moscú de su apoyo a las dictaduras y de los falaces argumentos sobre un camino “democrático nacional” que alegaba para justificarlo, sino para descubrir si un análisis más exhaustivo de lo que estaba sucediendo realmente en países como Irán, Afganistán, Palestina, Etiopía, Angola o Nicaragua, revelaría que el factor soviético era mucho menos importante que lo que decían los exageradores de amenazas de Washington.

Yo me dediqué a esta última parte. Pronto averigüé que nuestra labor, informada y medida, no servía para nada: los “exageradores de amenazas” siguieron adelante, haciendo sonar la alarma desde Kabul hasta Beirut, desde Addis Abeba hasta Luan-da, desde Managua hasta la diminuta isla caribeña de Granada. Hoy, treinta años después, han vuelto los mismos argumentos y el mismo ejército organizado de exageradores —Richard Perle, Frank Gaffney, el propio Donald Rumsfeld—.

La misma mentalidad que ha funcionado a lo largo de estas décadas queda patente en los argumentos que se han formulado sobre los programas de armas de destrucción masiva de Irak. Sadam habló de un programa de armas de destrucción masiva, y había comprado (probablemente a un alto precio) trozos y piezas del mismo; pero no era ingeniero, ni gestor, y sus piezas principales habían sido destruidas por Israel en 1981, o por la ONU a mediados de los años noventa; el resto no valía nada. El fracaso de Washington es un fracaso político y no, como las actuales investigaciones parecen creer, un fracaso institucional o de los servicios de información. Es un fracaso que reproduce la mentalidad y las prácticas falaces de la Guerra Fría.

Además de estas continuidades históricas, hay otro elemento en la actual crisis que hay que registrar: el carácter central de la violencia. Todas las sociedades se basan, como insistieron Max Weber y Antonio Gramsci, en un núcleo de violencia. Los que vivimos en Gran Bretaña tenemos razones especiales para recordarlo: este país lleva siglos infligiendo sus ejércitos a gran parte del mundo y ha estado implicado en conflictos violentos en cada uno de los 54 años de la actual monarca.

Pero es la violencia del rebelde y no la del Estado la que reclama aquí especial atención en todas sus fases: la decisión de tomar las armas (a menudo más fácil

que la de resistirse a usarlas), el efecto contagioso de la violencia sobre la sociedad (en especial entre los varones jóvenes), el efecto de la violencia del Estado como represalia, las víctimas (físicas y mentales) de esta violencia, y los medios por los que una guerra, una vez iniciada, se convierte en una forma de vida para muchos jóvenes. La violencia es un agente de reclutamiento por sí misma.

Desde esta perspectiva, sería mejor analizar a Al Qaeda, no buscando cierto esquivo “perfil” o “personalidad terrorista”, sino por medio de un estudio sistemático de las formas y consecuencias de la violencia en la sociedad moderna. Esto abriría la vía para entender otras cuestiones secundarias, pero no irrelevantes: la relación de la violencia con la cultura y la religión, la predisposición de ciertos grupos sociales hacia la violencia, y hasta qué punto representa la violencia la quiebra o la continuación de la política.

### **Peculiaridades iraquíes y generalidades**

Detrás de la historia y la violencia está el asunto, ético y político, que ocupa ahora el centro de la polémica: el derecho a intervenir y la crítica de la acción occidental. En este sentido se mantiene el enfoque sobre la cuestión de las armas de destrucción masiva: la justificación para la intervención fue empíricamente falsa y, en cualquier caso, sumamente selectiva, puesto que si había un “Estado réprobo” que estaba extendiendo estas armas en la región no era Irak sino un aliado de EEUU, Pakistán –país que es parte de mi “crisis de Asia Occidental en general”, pero al que la “iniciativa de Oriente Medio en general” de Bush excluyó convenientemente–.

Se ha sostenido que Bush y Blair podrían haber tenido argumentos mucho mejores para la intervención en Irak basados en otros motivos legales: la desobediencia continua por parte de Irak de las resoluciones del Consejo de Seguridad sobre inspecciones de armas (en suspensión desde 1998) o por motivos más “humanitarios” (en relación con la negativa de Sadam de implantar las disposiciones sobre derechos humanos y democracia contenidas en la resolución 688 de 1991).

Puede que los motivos por los que estos líderes basaron sus razones en las armas de destrucción masiva nunca estén del todo claros, pero se me ocurren dos: primero, la advertencia de sus asesores políticos nacionales (Karen Hugues y Karl Rover, en el caso de Bush) de que la opinión pública no apoyaría un argumento legal o de derechos humanos sino sólo uno basado puramente en la seguridad. Segundo, por lo que he visto en los medios de comunicación y deducido de las conversaciones que he mantenido recientemente con militares británicos, las Fuerzas Armadas británicas eran reticentes a implicarse en una operación importante “de buenas obras”, después de tantos años infructuosos en Bosnia, Kosovo, el norte de Irak y Sierra Leona.

Estas razones podrían conocerse en parte con documentación posterior, pero en cualquier caso parecen adolecer de la ausencia de un concepto crucial e infravalorado dentro del debate sobre la intervención y las normas que la rigen: la solidaridad. Es este valor el que abre una vía diferente para considerar el problema de la intervención. La pregunta que conlleva es cuáles son nuestras obligaciones,

como ciudadanos del mundo y (en lo que a los países occidentales se refiere) como parte de una sociedad democrática, internacionalista y privilegiada, para con la gente de otros países.

Fue la ética rectora de la solidaridad la que hizo que, en Gran Bretaña, varios políticos, intelectuales y sindicalistas —desde Jack Straw, Neil Kinnock, Stan Newens y Ann Clwyd hasta Eric Hobsbawm y Rodney Hilton— trabajásemos en el Comité contra la Represión y la Dictadura en Irak (Cardri) en los años ochenta, un vehículo gracias al cual muchos británicos se interesaron por primera vez por Irak y por expresar su solidaridad con el pueblo iraquí.

Este énfasis en la solidaridad plantea otras dos cuestiones, tanto analíticas como prácticas, que tienen importantes consecuencias para la política. En primer lugar, no es ningún secreto que a las democracias modernas —especialmente las que gozan de las comodidades de la globalización y del mundo posterior a la Guerra Fría— les resulta difícil debatir, y no digamos actuar, sobre sus responsabilidades en el ámbito de la paz y la seguridad internacionales. Las razones para ello son diversas, inexorables y profundamente inquietantes. El genocidio en Ruanda de 1994 fue un presagio: “Ruanda no le interesaba a nadie”, según las memorables palabras de un funcionario de la ONU.<sup>2</sup>

En medio de la crisis, los políticos son reticentes a actuar, la prensa sufre con demasiada facilidad la influencia de la irresponsabilidad sensacionalista a corto plazo y las Fuerzas Armadas profesionales dudan a menudo sobre la acción, especialmente si parece guiada por consideraciones humanitarias. Pero si las democracias occidentales, incluidos los veinticinco miembros de la Unión Europea recién ampliada, no desean abordar la cuestión de la solidaridad con el sufrimiento en otros lugares del mundo, otros con menos escrúpulos se aprovecharán sin duda de ello. Osama bin Laden lo está haciendo.

Un segundo aspecto derivado de la preocupación por la solidaridad es la cuestión de los valores universales. Se suele alegar, en los debates actuales de teoría política y cultural, que su importancia es limitada: que incluso cuando la gente los apoya, su lealtad primera está con “su propio” mundo específico (cultural, nacional, “arraigado”). Como dice Michael Walzer, hay un contraste entre el sistema internacional “delgado” y el sistema interno “grueso” de valores y significados; la obra de Samuel Huntington, Richard Rorty, John Rawls, y la escuela “comunitaria” de Amitai Etzioni, se basan en supuestos similares.

Este importante debate no permite una solución fácil. Tiene poco que ver con lo que está ocurriendo, o con lo que se está debatiendo en muchos países no occidentales, y no tiene prácticamente nada que decir sobre el actual conflicto de Irak. De hecho, hace muy poca referencia a la amplia bibliografía sobre la política del Irak moderno, desde el estudio clásico de Hanna Batatu de la revolución de 1958, *The Old Social Classes and the Revolutionary Movements of Iraq*, la mayor obra de ciencias sociales sobre el Oriente Medio moderno, hasta los recientes estudios del pensamiento político chií de Faleh Abd Al Jabar.

---

<sup>2</sup> Sobre la actuación internacional ante el genocidio en Ruanda ver la entrevista a Roméo Dallaire, representante de Naciones Unidas en Ruanda durante el genocidio, en este mismo número de *Papeles de Cuestiones Internacionales*, pp. 159-168.

Lo que es palpable en esas obras, así como en la realidad que describen, es que lo “grueso”, supuestamente interno y específico, está inextricablemente unido a las categorías y aspiraciones de lo presuntamente “delgado”. Por tanto, la convulsión iraquí está haciendo surgir actualmente ideas de nacionalismo e independencia, democracia e igualdad, federalismo y derechos de la mujer, proceso legal y libertad de prensa, que son esencialmente preocupaciones “universales”.

Aunque en todo Oriente Medio se utilizan términos islámicos para expresar preocupaciones y aspiraciones políticas (como en la revolución islámica de 1978-79 en Irán), el principal estímulo para la acción tiende a ser ideas eminentemente generales y laicas como el nacionalismo, la democracia, la justicia, el empleo, el gobierno honrado. Puede que las ideas se articulen en un lenguaje que parezca particular, pero su alcance y pertinencia es universal. También aquí, Irak y su pueblo pertenecen al mismo mundo que el resto de la humanidad, y la solidaridad con ellos es un reconocimiento de esta realidad compartida, además de una obligación moral y política.

### **¿Qué se debe hacer?**

En el contexto de la “crisis de Asia Occidental en general”, y con el fuego de la guerra ardiendo en Irak, es difícil y urgentemente necesario recomendar posturas de compromiso político que puedan influir en quienes tienen poder para mejorar una situación desesperada.

En Irak, es evidente que EEUU ha destruido, con una ineficacia y unos errores espectaculares, la buena voluntad de la que gozó inicialmente cuando invadió Irak, en la primavera de 2003. Corre el riesgo de destruir la tolerancia de los vecinos de Irak ante su presencia en el país. Al mismo tiempo, con su apoyo temerario e ilegal a los proyectos de Sharon, ha perdido el apoyo de sus aliados en la región y los ha debilitado de una forma que no había conseguido ningún gobierno anterior. La responsabilidad es del propio Ejecutivo de Bush, una coalición de recauchutados, fanáticos e incompetentes cuyos tremendos errores en la región, al igual que en las esferas del medio ambiente, el comercio mundial y el Derecho Internacional, y quizá también de la gestión del déficit del dólar, va a costarle caro al planeta durante muchos años.

Además, el propio EEUU pagará un alto precio por estos graves errores y, a los ojos de muchos en todo el mundo, lo tendrá merecido. Su falta de estrategia y de una línea de mando claras en la gestión cotidiana de los sucesos en Irak le ha hecho perder cualquier derecho a la tolerancia o a la comprensión. Al mismo tiempo, los grupos armados militantes que han surgido en las ciudades iraquíes carecen de estrategia política propia, más allá de la reafirmación de la fuerza armada. Y no gozan del apoyo de la mayoría del pueblo iraquí.

La única salida posible de esta crisis estriba en una intervención internacional decisiva para sentar los cimientos de un gobierno estable y justo en Irak, patrocinada por Naciones Unidas, respaldada por los vecinos de Irak (árabes, turcos e iraníes) y en cooperación con los políticos y tecnócratas iraquíes que tengan la capacidad y el compromiso de seguir una estrategia de transición de estas características.

En la actualidad, Washington muestra ciertos vestigios de voluntad de seguir este rumbo, pero las señales subyacentes no son buenas: desde la bravuconería militarista de los generales Kimmit, Abuzaid y Myers hasta la paralizante retórica de Colin Powell y el propio George W. Bush. Sin embargo, quizá lo peor de todo es la propuesta de nombramiento como embajador estadounidense en Bagdad de John Negroponte, un hombre que carece de conocimientos detallados sobre Oriente Medio pese a sus cuarenta años en el servicio diplomático de EEUU, que en América Central, en los años ochenta, destacó por su defensa de fuerzas responsables de actos ilegales y mortíferos, y que como embajador de EEUU ante Naciones Unidas ha resultado ser un apologista incondicional del proyecto estratégico de Ariel Sharon.

De hecho, son las opiniones de la ONU sobre el futuro de Irak, representadas actualmente por la figura de Lakhdar Brahimi, las que hay que escuchar y no las de John Negroponte. Hay problemas sobre el papel que ha desempeñado la ONU en el pasado: la gestión corrupta del programa de petróleo por alimentos ha hecho que muchos iraquíes se muestren escépticos, y tanto kurdos como chiíes recuerdan la indiferencia de la ONU ante su difícil situación. Pero la interpretación de Brahimi es vital, y encuentra eco tanto entre los Estados occidentales como en el mundo musulmán: esta intervención internacional es la última oportunidad de evitar una conflagración total en Irak y el triunfo de los extremistas. En su forma actual, es improbable que Washington escuche.

¿Lo hará Gran Bretaña? En cuanto al colaborador más próximo de Washington, yo sugeriría que sus líderes especificaran las siguientes cinco condiciones para seguir colaborando con la Autoridad Provisional de la Coalición en Bagdad:

- Un replanteamiento, claro y contundente, de las justificaciones para derrocar a Sadam y permanecer en Irak. Tanto las armas de destrucción masiva como el vínculo de Al Qaeda están desacreditados, y el recurso al Derecho Internacional está tan refutado que es inservible. El único argumento ahora —y desde el principio— es el del apoyo humanitario al pueblo iraquí, en una palabra: la solidaridad.
- Una garantía clara, pública e irrevocable de EEUU respecto de la integridad y la autoridad de la posición de la ONU; lo que Kofi Annan ha llamado el “papel central” de la ONU en toda transición política después del 30 de junio de 2004.
- Una declaración clara, pública y autorizada de la Casa Blanca sobre las líneas de mando respecto de la política sobre Irak, tanto militar como política. Deben acabarse las confusiones, los errores y el baile de responsabilidades de estos meses.
- Una ruptura clara e inmediata con los subterfugios y los engaños que hasta ahora han caracterizado la respuesta británica y estadounidense a las revelaciones sobre la tortura de presos iraquíes, y la reclusión (en Afganistán y otros países) de miles de personas en centros de detención no revelados. Ningún procedimiento judicial exclusivamente estadounidense o británico tendrá credibilidad: como mínimo, hay que crear un tribunal, con calma y con la debida consideración al Derecho Internacional, que juzgue las acusaciones y administre justicia.

– Debe haber una resolución clara de estas cuestiones, y un traspaso sustancial de la autoridad a la ONU, antes de que se envíen más tropas británicas a Irak. Por otra parte, hay que elaborar planes de contingencia activos para la retirada de fuerzas de una operación que pudo haber beneficiado enormemente al pueblo de Irak, pero que se ha desperdiciado debido a la arrogancia, la incompetencia y a errores mortales.

Este es el desafío que plantea este momento de la verdad en relación con Irak. Mientras tanto, los ciudadanos del mundo a los que nos preocupan también las cuestiones y los principios de la política pública tenemos la responsabilidad de facilitar los recursos que podamos, por mal acogidos o polémicos que sean:

- Una aclaración de las cuestiones analíticas y normativas, morales y legales que están en juego.
- Una exposición transparente de cómo el pasado condiciona realmente (y no míticamente) el presente.
- Una crítica de las ilusiones y de la propaganda de los implicados, sean Estados o sus adversarios.
- Un intento, provisional como ha de ser siempre, de explicar lo que ha ocurrido.
- Y no menos importante, la preservación de nuestro propio espacio para el libre intercambio de ideas, sin temor al gobierno, a las amenazas o a los llamamientos de boicoteo ni devoción hacia ninguna de las partes implicadas.

Sobre todo, debemos centrar nuestros esfuerzos en un intercambio con los ciudadanos iraquíes, colegas y amigos. Durante muchas décadas, incluidos los últimos meses, se han ignorado sus opiniones. Pero son ellos quienes, en última instancia, decidirán el resultado de sus problemas actuales y, al hacerlo, ofrecerán su propia solidaridad a quienes más la necesitan en otros países.